

*Leg 50 agosto 12* *21* *7-22*

364

*El cristianismo en la U. C. A. R.*

# DISCURSO

LEIDO

**EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL**

POR EL PRESBITERO

**D. HILARIO BLANCO GIMENEZ DE RANERA,**

Licenciado en Sagrada Teología.

**en el acto solemne de recibir la investidura de Doctor  
en la misma Facultad.**

---

MADRID:

IMPRESA DE HIGINIO RENESES,  
calle de Fuencarral, n. 81.  
1859.

*UVA. BHSC. LEG.05-1 n0364*

DISCURSO

EN

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DE

D. HILARIO BLANCO GIMENEZ DE BAHENA

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DE LA REPUBLICA DE VENEZUELA  
22

1911

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

CARACAS, VENEZUELA

(1911)

# DISCURSO

1954

## EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

DEL DR. HILARIO BLANCO

**D. HILARIO BLANCO GIMENEZ DE RANERA,**

Doctor en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Universidad Central de Chile, Santiago, Chile.  
Doctor II. Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Chile, Santiago, Chile.  
Catedrático de Física, Universidad de Chile, Santiago, Chile.

En el acto celebrado de recibir la investidura de Doctor  
en la misma Facultad.



MADRID,

IMPRESA DE MICHILS HEREDIA,

1954

UVA. BHSC. LEG.05-1 n0364

HTCA

U/Bc LEG 5-1 n°364



1>0 0 0 0 2 7 9 1 7 5

UVA. BHSC. LEG.05-1 n0364

# DISCURSO

LEIDO

## EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL PRESBITERO

### **D. HILARIO BLANCO GIMENEZ DE RANERA,**

Licenciado en la Facultad de Sagrada Teología, Caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III, Examinador Sinodal de este Arzobispado y otras varias diócesis, Capellán de Honor y Predicador de S. M.

en el acto solemne de recibir la investidura de **Doctor**  
en la misma **Facultad.**



MADRID.

IMPRENTA DE HIGINIO RENESES,

calle de Fuencarral, n. 81.

1859.

# DISCURSO

LEIDO

## EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

POR EL PRESIDENTE

D. HILARIO BLANCO GIMÉNEZ DE RANERA,

Presidente de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en el acto solemne de recibimiento de los señores D. Hilario Blanco Giménez de Ranera, D. Manuel de los Ríos y D. Manuel de los Ríos, en el día 1.º de Mayo de 1900.

en el acto solemne de recibimiento de los señores D. Hilario Blanco Giménez de Ranera, D. Manuel de los Ríos y D. Manuel de los Ríos, en el día 1.º de Mayo de 1900.



MADRID.

IMPRESA DE VICENTINI Y CAÑA

Calle de Fernán Caballero, n.º 41.

1900.

— 1 —

Excmo. é Ilmo. Señor :

Dans cent ans la France sera chrétienne, l'Angleterre catholique, et les peuples de l'Europe iront chanter un *Te Deum* dans la basilique de Sainte Sophie à Constantinople.

MR. DE MAISTRE. — *Du Pape.*

**E**NTRÉ las pulverizadas ruinas de los imperios y el horrisono eco de los combates de los modernos tiempos ; sobre los ídolos de Grecia y Roma y las manchadas aras del racionalismo, surge y se levanta erguida y descuella sola una colosal figura, cuya cúspide se remonta hasta el empireo, y que, aunque apoyada sobre la tierra, donde todo perece, no han podido mover jamás todas las potestades del averno, ni causar la menor alteracion la série nunca interrumpida de mas de diez y ocho siglos de furiosos embates. Ya com-

prenderéis, Excmo. Señor, hablo del verdadero cristianismo; de ese centro de unidad y principio civilizador, de esa sancion de toda moral y camino de toda felicidad sobre la tierra.

Es una verdad incuestionable que no puede haber sociedad sin religion, ni puede haber mas que una religion verdadera entre las diversas que se denominan con tan augusto y sagrado nombre. La historia de las naciones, el comun asentimiento de todos los siglos, el instinto natural de todos los pueblos lo demuestran así; y el ateo, y el impío, y el indiferentista que osó atrevido negar esta verdad, en vez de realidades solo nos ha presentado sueños y delirios, mas locos y disparatados que los del calenturiento en el acceso de la mas fuerte y ardorosa fiebre. La razon humana, la diferencia y aun contrariedad entre las diversas asociaciones que á si mismas se denominan religiosas; el conocimiento del Supremo Sér, y sobre todo la revelacion, nos confirman de esto mismo, y el incrédulo y el filósofo, y el protestante, que mira á la religion en que se da culto al verdadero Dios, como en la que se tributa á los ídolos, solo dista un paso del abominable ateismo, camina al borde del abismo, si es que ya no ha caído en su horrorosa y profunda sima.

El verdadero Cristianismo, la Iglesia Católico-Romana, hé ahí, Excmo. Señor, la religion verdadera, la esposa querida del Cordero sin mancha, la mas hermosa y radiante, la sola que salió de su divino costado, sellada con su preciosa sangre, y la única perfecta, pues que ninguna fuera de ella merece los caracteres de verdadera. Su unidad en las creencias, es la columna imperecedera sobre que reposan las inteligencias de todos los siglos; su historia será siem-

pre la historia de los grandes hechos en favor de la humanidad; donde quiera que brille la antorcha de la fé romana hay luz; donde ella no aparece division, tinieblas, barbarie. Pero el punto mas culminante de esta unidad, el lazo que une todas sus partes, es la Santa Sede, montaña misteriosa cuya cima se eleva sobre los mas encumbrados montes, y donde cual ciudadela inespugnable Pedro ha constituido aquella principalidad, á la cual deben dirigirse y acogerse los fieles todos diseminados sobre la tierra. Y si las glorias de los imperios y de los reinos aparecen unidas á sus grandes héroes sus jefes y cabezas, el verdadero Cristianismo tiene que aparecer necesariamente en esa sucesion gloriosa de Pontífices Máximos, quienes no solo han conservado por una série de tantos siglos el poder y jurisdiccion legados por Jesucristo su fundador, sino que en esa dinastía sagrada é inalterable hallamos las pruebas mas irrecusables de su estabilidad, y por consiguiente que, EL VERDADERO CRISTIANISMO SOLO RADICA EN LA IGLESIA CATÓLICO-ROMANA.

Difícil es, Excmo. Señor, en un breve discurso esponer dignamente las innumerables pruebas de esta proposicion canónico-dogmática, como exige su carácter histórico; sin embargo, haré algunas ligeras reflexiones procurando no abusar jamás de la bondad de V. E. y de la indulgencia de tan ilustrado auditorio.

La estabilidad del Cristianismo en la Iglesia Católico-Romana y su perpetuidad en todos los siglos, es la prueba mas auténtica y la mas elocuente para demostrar hasta la

evidencia que en ella, y solo en ella, radica el verdadero Cristianismo, y que es aquella piedra angular colocada por la mano de Jesucristo, que despues de más de diez y ocho siglos se sostiene y descuella sola, llena de esperanza para el porvenir. Examinemos la hermosa perspectiva del edificio Cristiano, y con una mirada penetrante meditemos en ese gigantesco todo, cuyas gradaciones son siglos que se elevan sin interrupcion en todas las generaciones.

No hay, dice un protestante y sábio publicista de nuestros dias, una obra tan digna de estudio y de exámen como el Cristianismo de la Iglesia Católico-Romana. Su historia se enlaza con los mas grandes hechos de la humanidad y épocas de la civilizacion. Ninguna obra existe ya que nos traiga á la memoria aquellos tiempos en que salia del panteon el humo de los sacrificios, mientras que los tigres y leones saltaban en la arena del anfiteatro flaviano. Las dinastias y los principes que hoy reinan datan solo de ayer, comparados con esa sucesion de gefes y gerarcas de Roma que por una série nunca interrumpida, se remonta desde el Pontífice Máximo que en el presente siglo consagró al primer Napoleon, hasta el que ungió á Pipino en el VIII. Aun de mas allá trae su origen la augusta dinastia apostólica. La república de Venecia que en antigüedad se confunde con los mas remotos siglos, era moderna comparativamente; pero esta república no existe ya. Solo el Cristianismo de Roma con su gefe y su cabeza subsiste, no en estado de decadencia, no como una ruina, sino lleno de vida y en su vigorosa juventud. Verdaderamente, Excmo. Señor, la Iglesia Católico-Romana envia aun á las estremidades del mundo misioneros tan

celosos como los que desembarcaron en el condado de Kent con San Agustín: misioneros que aun se atreven á hablar á los reyes enemigos con la misma libertad y energia que lo hizo el Papa San Leon en presencia de Atila. El número de sus hijos es ahora mas considerable que en ninguno de los siglos anteriores. Sus adquisiciones y conquistas en el Nuevo Mundo la han abundantemente recompensado de lo que perdiera en el Antiguo. Su supremacia espiritual se estiende en las vastas regiones situadas entre las llanuras del Misuri y el cabo de Hornos, regiones que antes de cien años contendrán una poblacion aun mayor que la de la Europa. Los miembros de su comunión es seguramente de mas de doscientos millones, y es muy fácil demostrar que, la ley musulímica, el protestantismo y todas las demás sectas reunidas, no forman un número de cien millones. No hay ninguna señal que indique está próximo el término de esta inmensa soberanía. Ha visto el origen de todos los gobiernos y de todos los establecimientos eclesiásticos que existen en el dia, y nos atrevemos á decir está destinada á ver su fin. Era ya grande y respetada, antes que los sajones pusieran su pié en el suelo de la Gran Bretaña; antes que los francos y sus druidas pasaran el Rhin, cuando florecia aun la elocuencia en Antioquia y los idolos eran adorados en el templo de la Meca.

Ahora bien, Excmo. Señor, despues de esta rápida ojeada, ¿dónde, pues, radicará el verdadero Cristianismo? ¿Dónde la verdadera Iglesia de Jesucristo? Se dice y se decanta que el progreso de las luces es favorable al protestantismo y perjudicial al Cristianismo; pero al considerar yo los inmensos pasos que el espíritu humano ha hecho dar hasta

aquí á las ciencias naturales, y el alto grado de perfeccion que han alcanzado en el arte de gobernar, la política y la legislación le han sido absolutamente contrarias; y creo, que si algun cambio hay, ha sido favorable al Cristianismo. Dejemos sus innumerables y sangrientas persecuciones, las prolongadas y reiteradas luchas que le disputaron su establecimiento, y fijémonos en la época en que se hallaba ya establecido y honrado entre los pueblos: esto es, á mas de la mitad de su prolongada existencia.

Por cuatro veces desde aquella época se rebeló el espíritu humano contra la verdadera Iglesia de Jesucristo. La primera de estas insurrecciones estalló en el Mediodía de la Francia á favor de la relajacion de costumbres y de las comunicaciones de aquel pais con los pueblos infieles; la heregía de los albigenses habia comunicado su ódio y el desprecio á todo lo que procedía de Roma, y el Gefe de la Cristiandad parecia haber perdido su autoridad en todas las clases, desde los grandes señores del feudalismo hasta los simples aldeanos. La posicion geográfica de los sectarios hacia mas inminente y formidable el peligro, particularmente contra la gerarquía, y todo presagiaba que, una sola generacion bastaria para propagar la doctrina reformada. Pero volaron inmediatamente en su socorro y auxilio los guerreros del Norte de Francia, y el Cristianismo de Roma, que produjo las dos célebres órdenes, Franciscanos y Dominicos, combatieron la heregía, quedando ésta vencida en el doble terreno de la fuerza y de la persuasion, y la Iglesia de Roma, el catolicismo, un momento amenazado de una total derrota, parecia ya inespugnable, defendió por el amor, el respeto y la confianza.

Aun no habia transcurrido siglo y medio, y un segundo levantamiento, una nueva sedicion contra el Cristianismo y la dominacion espiritual de Roma puso en agitacion los ánimos. El poder del Gefe del Catholicismo habia llegado ya al mas alto grado de consideracion, de suerte que, no obstante los poderosos recursos de la política y de la guerra con que Federico II de Alemania le combatiera, Roma triunfó del emperador, que se sometió vencido á sus decisiones. Siguió poco despues la reaccion de Felipe IV de Francia contra el mas valiente y decidido de los Pontifices, Bonifacio VIII, y aunque poco despues de su muerte la Sede Pontificia fué trasladada á Aviñon bajo la dependencia de la Francia, dando lugar al mas largo y desconsolador de los cismas, que dividió la fé de los pueblos, é hizo oír la voz de Juan Wiclef conmoviendo la Inglaterra y la Bohemia; con todo, se desvanecié este peligro, la autoridad civil prestó al Cristianismo de Roma un apoyo vigoroso, el concilio de Constanza puso fin al cisma, y el mundo católico volvió de nuevo á la unidad bajo su gefe y su gerarca el Romano Pontífice.

Peró apenas, Excmo. Señor, se dispó esta tempestad, cuando el horrisono eco de una tercera tormenta, y por cierto la mas horrorosa en favor de la libertad espiritual, vino á conmovier hasta en sus cimientos á la Iglesia de Roma y su Cristianismo, y á consumir, si posible fuera, su total destruccion y ruina. Lutero, ese génio audaz y del averno, habia formado ya su corazon demasiado arrogante y temerario en el silencio del claustro y en los bancos de la escuela, y asaz atrevido se habia transformado en la cátedra en uno de esos corifeos osados de ardiente imaginacion é incansable en las

luchas del espíritu; de esos valientes atletas, que, dispuestos á arrostrarlo todo por llevar adelante su venganza, los alienta la tolerancia, les irrita la oposición, y nada perdonan por sostener quiméricamente los delirios y ensueños de su imaginación acalorada. La victoria del protestantismo fué rápida y completa, al parecer, en los países septentrionales de Europa: una multitud de circunstancias la favoreció, y parecía que debía eternizarla. Pero no obstante, cincuenta años escasos despues del día en que Lutero había arrojado á la hoguera la bula de León X delante de las puertas de Witemberg, la reforma empezaba á perder terreno para no conquistarlo jamás. Apodérase de la Iglesia de Roma el espíritu del Catolicismo en las costumbres y en la disciplina, y durante una sola generación, este espíritu se renueva desde el palacio del Vaticano hasta la ermita más oscura de los Apéninos. Todas las órdenes religiosas fueron purificadas, y todas produjeron la venturosa sávia de los primitivos tiempos que debiera eternizarlas. Paulo IV, Pío V y Gregorio XIII edifican al mundo todo con su virtud, y, sosteniendo las doctrinas ortodoxas, defienden impávidos la autoridad de su silla con la constancia y la vehemencia de un Hildebrand.

Al mismo tiempo que el Cristianismo de Roma sacaba de su seno cuantos recursos espirituales eran necesarios para conjurar esta tempestad, se aprovechaba también de los auxilios temporales que la autoridad civil de los estados fieles le ofreciera para defenderse de las invasiones de la herejía. Así que, mientras el protestantismo ó la reforma se propagaba rápidamente por una parte de Europa, por la otra se estendia prodigiosamente la regeneracion católica. El tratado de West-

falia puso en fin término á las mas terribles y sangrientas luchas que se sucedieron incesantes entre los dos partidos, y aunque la fortuna pareció entonces enteramente favorable á las pretensiones de Lutero, la victoria fué al fin para la Iglesia de Roma, que venció en todos los puntos, dejando al protestantismo hecho un cadáver ó herido de muerte, que despues de doscientos y mas años no ha sido capaz, ni podido reconquistar lo que entónces perdiera. Este triunfo del Cristianismo, esta tercera victoria, dice un sábio protestante, no debe atribuirse principalmente á la fuerza de las armas, sino á una grande reaccion de la opinion pública en su favor.

Mas una cuarta sedicion, Excmo. Señor, contra el Catolicismo, esto es, contra la Iglesia de Roma, se acerca, y la filosofia empleará por último todos los medios y se valdrá de todos sus inventos y sofismas para derrocarla. El presente peligró, muy distinto que los que la precedieran, atacó de frente á todas sus doctrinas, rechazó todos sus dogmas, y estableció un nuevo simbolo de creencias. Los modernos sectarios, sostenian que el Catolicismo era el verdadero Cristianismo, pero defendian al mismo tiempo con los protestantes y prescripciones de Lutero que muchos de sus artículos venerandos eran contrarios á la razon. De esta contradiccion de principios debian necesariamente resultar las conclusiones de Voltaire, y bien pronto el dogma y la moral del Evangelio se vieron puestas por ellos en lastimosa pugna. Vanagloriándose de sostener la pureza de una doctrina trasmitida por los Apóstoles, pero empañada por los excesos de los poderes temporales, se burlaron del Evangelio interpretándole á su modo, y desafiaron con él á todos los poderes de

la tierra, por la causa, decían, de la justicia, de la caridad y de la tolerancia. La impiedad, asociada con la filantropía, triunfó por algún tiempo de la verdadera religión, ligada accidentalmente con los abusos políticos y sociales, esparciéronse las nuevas doctrinas con una rapidez inaudita por toda la Cristiandad, y bien pronto los preceptores de la Francia lo fueron de toda la Europa. Prusia, Rusia, y Austria adoptaron estos principios filosóficos y disolventes, y el verdadero Cristianismo, la Iglesia Católico-Romana, que al parecer se veía tan espléndida, tan digna y tan sólida como nunca, se hallaba sin embargo minada en sus cimientos.

El primer acontecimiento que puso de manifiesto esta situación fué la caída de la Sociedad de Jesús. Sobre sus ruinas se desbordó cual torrente que se precipita con horroroso estrépito el movimiento filosófico, los sucesores de Voltaire exageraron sus doctrinas y al fin la revolución estalló. La antigua Iglesia de Francia con toda su pompa y sus riquezas desapareció; algunos de sus sacerdotes compraron el derecho de vivir separándose de Roma, otros apostataron y se hicieron perseguidores, muchos fueron víctimas de su fé y los restantes huyeron buscando un asilo en las naciones vecinas. Cerráronse las Iglesias, las reliquias fueron profanadas y los sagrados vasos vendidos. Los bufones vestidos con capas pluviales entonaban canciones impuras y obscenas delante de la Convención, el busto de Marat destronó al de los mártires, y colocada sobre los altares una prostituta, recibió las adoraciones de la multitud. El espíritu revolucionario invadió á todas las naciones de Europa, Roma fué presa de su ambición, la bandera tricolor flotó sobre el castillo de San-Angelo,

y aun al virtuoso Pio VI se le quiso obligar á usar el gorro frigio..... No es extraño, Excmo. Señor, que en esta época calamitosa algunos génios pensadores hubiesen podido creer habia llegado la última hora de la Iglesia de Roma, y que semejantes señales eran indicios ciertos del fin de aquella eterna dominacion.

Pero delirio. Herido de muerte el Cristianismo de Roma, no debia perecer jamás. Aun no se habian concluido los funerales del mártir Pio VI, y ya habia comenzado una gran reaccion que despues de cuarenta y mas años ya en aumento todavia. La anarquía habia tenido su dia; pero de aquel caos salia un nuevo órden de cosas, nuevas dinastías, nuevas leyes, nuevos titulos, y enmedio de todo debia de aparecer la antigua Religion, el Cristianismo de Roma cual sol despues de deshecha tormenta, mas hermoso, mas puro, mas radiante y mas bello. Semejante á la gran pirámide, que se dice sobrevivió al diluvio, el Cristianismo de Roma no hay duda parecia haber quedado sepultado en la grande inundación; pero sus cimientos no se conmovieron, y cuando se disminuyeron las aguas apareció solo enmedio de las ruinas del mundo que acababa de ser destruido. La república de Holanda, el imperio de Alemania, el gran consejo de Venecia, la antigua liga helvética, los parlamentos y la aristocracia de Francia habian desaparecido; la Europa estaba llena de creaciones nuevas: un imperio francés, un reino de Italia, una confederacion del Rhin..... Los últimos acontecimientos habian afectado, no solo las instituciones políticas y los limites territoriales, sino que hasta la propiedad y las sociedades habian sufrido en casi toda la Europa

católica variaciones interminables; pero el Cristianismo de Roma, siempre inmutable, estaba aun en pié.

Asombrado al contemplar esto mismo el protestante Eugenio Robin, dice lleno de entusiasmo: « En la actualidad no hay en el mundo nada fijo y estable en lo cual pueda uno fijar su vista. Las ideas y los reyes pasan, todo se muda, todo se gasta con una rapidez devoradora. La sociedad cambia diez veces de faz entre la cuna y el sepulcro de un mortal. Enmedio de esta versatilidad de las cosas, no hay mas que una ciudad y un hombre que por su inmovilidad en el Occéano del tiempo, presenta á nuestro espíritu una imágen de enlace y perpetuidad: Roma y su Pontífice. Buscadme para los que están cansados de errar á merced de todos los vientos, y que piden á la vida la calma de la eternidad, un refugio seguro donde encontrar abrigo, un puerto siempre abierto para amarrar su barca, á no ser que sea en esa roca mas alta que las tempestades, Roma y su Cristianismo. » Estas palabras pronunciadas por un sábio que aun no participaba de su fé, manifiestan la perpetuidad del Cristianismo y su estabilidad constante é invariable en la Iglesia Católico-Romana.

En efecto, Excmo. Señor, para los corazones indiferentes ó distraídos; para los espíritus irresolutos ó que se avergüenzan de confesar su error; para la incredulidad sistemática, para las mas rebeldes convicciones, para tantos, en fin, que se hallan extraviados en las tinieblas de la duda; ¿no es un espectáculo capaz de despertar el sentimiento creyente, esa formidable inmutabilidad contra la cual se han estrellado siempre el tiempo, las guerras, las torturas y el desprecio;

esa fijeza de un solo punto en medio de todo lo que pasa para no volver; esa luz combatida por el soplo de todas las tempestades, y que ningun viento puede apagar; esa fé tan mística, tan inmaterial que se manifiesta á la humanidad por la evidencia de un hecho material único en la historia del mundo?

Pero otra prueba más convincente todavía, un hecho más palpable, Excmo. Señor, ponen de manifiesto esta verdad. El Apostolado, confiado por Jesucristo hace mas de diez y ocho siglos á uno de sus discípulos, se ha ido perpetuando de Papa en Papa hasta nuestros dias; poder decir esto hoy y estar seguro de lo que se dirá mañana, debe significar algo muy importante. Consideremos que desde el dia en que se pronunciaron aquellas palabras en la Judea, la barbarie y el cisma, la reforma y la filosofía, se han sucesivamente arrojado con fuego y espada en mano sobre aquella silla ocupada por el mismo Apóstol, reproducido en mil vidas; que Rôma, la Ciudad eterna de los tiempos modernos, como lo era en la antigüedad, ha sido tomada, vuelta á tomar, ocupada y saqueada por todas las plagas salidas de Oriente y Occidente; que aun no hace tres siglos entraron en ella en nombre de Lutero unos soldados embriagados, cometiendo todo género de escesos y violencias; que aun no han pasado más que treinta años en que un emperador la conquistara enviándola un prefecto como hacian los de Constantinopla en los primeros tiempos de sus pontífices; que en nuestros mismos dias se renovasen los insultos, las calumnias, y que en su última revolución se viese la suprema Cabeza de la Iglesia hecha el juguete de unos sicarios, arrancada de su sôlio por la fuerza bruta, para

ser poco despues conducida en triunfo por los mismos que antes la persiguerán ; en vano se quiere apartar la vista de la prodigiosa imágen de su perpetuidad.

Este prodigioso fenómeno que nos confunde, Exemo. Señor, es superior á la naturaleza de los hechos, y por consiguiente á toda prevision humana. Antes que empezara á realizarse, cuando aun nada podia hacerlo augurar, fué pronosticado por Jesucristo, y su realizacion no es mas que el cumplimiento exacto de sus promesas. Las siguientes y memorables palabras están grabadas con caractéres de luz: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo estaré contigo hasta la consumacion de los siglos.....* No hay que añadir ni quitar nada á estas significativas palabras para saber el fin de los sucesos posteriores. Si no se hubiesen pronunciado, y al presente, en que la esperiencia nos ha hecho tan conocedores de tantos acontecimientos quisiéramos inventarlas para espresar nuestras aserciones, no encontraríamos otras mas propias. Son en fin tan directas y precisas, que, si estos sucesos no se hubiesen realizado como lo han sido y continúan siéndolo, la falsedad de la Religion seria manifiesta.

La perpetuidad del verdadero Cristianismo en la Iglesia Católica-Romana es, pues, y será siempre la prueba mas sensible de su divinidad para las generaciones que se vayan sucediendo, y el hecho mas culminante para manifestar ese gran contraste por que acaba de pasar, y forma su inalteredabilidad con la ruidosa ruina de nuestras revoluciones. Contemplémosle ante Lutero, ante Enrique VIII, ante Na-

poleon I, ante Laménais; admirémosle hace poco ante Prusia, ante Rusia y ante nuestra misma España; observémosle en Inglaterra que, sin embargo vuelve á su seno, y no le pide mas que una palabra para apaciguar la agitacion de Irlanda, como cuando se separó de ella en tiempo de Enrique VIII. Nada le conmueve ni le asusta, nada le seduce ni le espanta, la caridad en todo y la verdad como fin de todo. Y este modo de subsistir, invariable en un mundo en que todo se precipita y perece, ¿no es un prodigio, una señal cierta de su perpetuidad? Dudaremos de una Religion que nos ofrece en prenda de su verdad una prueba semejante?

Los enemigos del Cristianismo conocen muy bien que este solo radica con toda su pureza en la Iglesia Católica-Romana, y por esto se esfuerzan para derrocarla. No pueden sufrir que la Iglesia aun subsista despues de mas de diez y ocho siglos, y que sobreviva milagrosamente á los mas furiosos y terribles embates, pero eluden el milagro y el prodigio. Contentanse con decir que la Iglesia va á morir... y convirtiendo este sencillo aserto por medio de gratuitas suposiciones en una realidad, profetizan trasportarse á una época que nunca llegará, aparentan asistir á sus funerales, y entonan fúnebres himnos como si ya estuviese sumida en la fosa.... semejantes puerilidades nos recuerdan aquellos insectos imperceptibles de las orillas del Hipanis, que, en sentir de Aristóteles, viven solo un dia, y que, por su corta duracion, se anuncian unos á otros que la naturaleza va á acabar y el mundo va á desaparecer dentro de algunos segundos.

Este modo de pensar de los impíos constituye una de las mayores pruebas de la perpetuidad de la Iglesia de Roma y

su Cristianismo. « La Iglesia va á morir, dicen ; muy pronto desaparecerá de sobre la haz de la tierra ; » pero mientras pronuncian estas palabras gratuitas perecen ellos todos los dias, dejando al Cristianismo de Roma en su eternidad anunciando el poder de Dios á todas las generaciones que se van sucediendo. Dios ha permitido que su Iglesia estuviese siempre humanamente en peligro para mejor demostrar que se hallaba siempre divinamente asistida. Por esto su historia desde el Gólgota hasta Fontainebleau no es mas que una sucesion de crisis desesperadas que la hacen volver á encontrar el principio de la vida en sus extremos, y que la prueban en la ignominia y la sangre. La Iglesia Católico-Romana no está en el caso de temer la tumba porque allí es donde nació, y su divisa será siempre la del Apóstol: *cum infirmor tunc potens ero.*

Pero nuestra fé, Excmo. Señor, no se halla en el dia sometida á semejante prueba. Vivimos en uno de esos períodos en que la Iglesia Católico-Romana recoge los frutos de una lucha reciente, ve volver á ella las amansadas olas del espíritu humano y parece que todo va preparando su triunfo. El soplo de la impiedad puede muy bien empañar y aun enturbiar la superficie, pero en el fondo se está obrando de seguro la calma y el retorno. La causa de la civilizacion y de la sociedad se halla ahora mas que nunca identificada con el verdadero Cristianismo, y esta verdad demasiado reciente por la esperiencia, nos enseña y entretiene el presentimiento de las peligrosas transformaciones que aun nos faltan que atravesar. En el dia hay necesidad de la Religion para ir formando las nuevas sociedades, para suavizar las relaciones,

para hacer menos violentas las transiciones y para asegurar los derechos sobre los deberes. La única Religión positiva es el Cristianismo, y no hay Cristianismo perfecto fuera de la Iglesia Católico-Romana. No siempre se dice así, y hasta á veces se dice lo contrario; pero en el fondo así se siente, así se piensa, y la fuerza de las cosas conduce siempre á ello; todo lo demás puede considerarse como superficial.

Alcemos la vista y examinemos lo que está pasando en el mundo moderno; esa reciente manifestación del fervor católico en Alemania; ese hermoso espectáculo de la moderación católica en la agitación política de Irlanda; ese profundo movimiento de retorno hácia la unidad católica en Inglaterra; el concurso providencial de este último movimiento en la caída de los imperios de Oriente y su ocupación, poco há por las potencias europeas; la pronunciada tendencia de las costumbres hácia la universalidad y la unidad que se manifiesta y aumenta en las creaciones de la industria: hé aquí porque aun circunscribiéndonos á las grandes líneas de nuestro horizonte nos atrevemos á esperar que la Iglesia y el Cristianismo de Roma, que es el solo verdadero y no otro, va á vivir ahora mas que nunca; y repetimos con Mr. de Maistre: «dentro de cien años la Francia será Cristiana, la Inglaterra Católica, y los pueblos de Europa irán á Constantinopla á cantar un *Te Deum* en la Basilica de Santa Sofía.»

Admiremos pues, Excmo. Señor, ese edificio augusto del Cristianismo que, participando de la eternidad en el tiempo, se halla formado como el istmo de la verdad en el Occéano de las edades, y digamos llenos de respeto; verdaderamente esta es la obra de Dios, y su maravilla respecto de los hom-



bres. «El judaismo, dice Voltaire, la religion de Zoroastro y el sabeismo, se arrastran por el polvo. El culto de Tiro y de Cartago cayó con estas soberbias ciudades. La religion de Milciades y de Pericles, la de Paulo Emilio y de Caton, no existen ya; la de Odin desapareció; hasta la lengua de Osiris, que fué despues de los tolomeos, es ignorada de sus descendientes; el teismo puro, no ha existido jamás. Solo el Cristianismo de Roma quedó en pié en medio de tantas vicisitudes y en el estrago de tantas ruinas inmutable como el mismo Dios, que es su autor. La verdad permanece eternamente; las fantasmas de las opiniones pasan como los sueños de un enfermo. *Me veo obligado á creer y admirar.*»=HE DICHO.

Madrid 24 de Octubre de 1859.

Ldo. Hilario Blanco.

UVA. BHSC. LEG.05-1 n0364





УВА. ВНС. ЛЕГ.05-1 n0364



*UVA. BHSC. LEG.05-1 n0364*